

DE LA SIMPATÍA ILUSTRADA  
A LA SOLIDARIDAD EN EL MUNDO GLOBALIZADO  
(Mayo 2008)

**Autor: José Luis Pozo Fajarnés**

La solidaridad de hoy día es un concepto derivado de otro mucho mejor definido por el pensamiento filosófico que va desde la antigüedad hasta la edad moderna: la simpatía. Tras múltiples interpretaciones y definiciones, la simpatía/solidaridad, ha ido de la mano de otros términos como *Eros*, *ágape*, *charitas*, *fraternidad*, *empatía*... hasta convertirse en una de las virtudes por excelencia de la actual democracia. La solidaridad, además –sin perjuicio– de la tolerancia, es la virtud más prestigiosa del elenco actual del buen vivir.



**La simpatía en David Hume.** Hoy día “virtud” es un término que ha perdido todo su prestigio pasado<sup>1</sup>. En la Ilustración, empero, todavía lo conservaba, aunque, desde luego, desprovista de su carácter religioso. Para David Hume las virtudes eran una suerte de *cualidades del carácter* que podían despertar en los demás la aprobación y no el rechazo. Estas cualidades son de dos tipos: las unas agradables, o útiles, para el propio sujeto, verbigracia: la sobriedad, la paciencia o el orden. Y las otras, lo serán para los demás: la generosidad, el ingenio, la benevolencia o la justicia son ejemplos de éstas. Las primeras, aunque hemos dicho que son útiles a quien las posee, también lo pueden ser a los otros. Los seres humanos podemos observar los mismos sentimientos, lo que nos proporciona que podamos aprobar cualidades que no nos benefician a nosotros mismos sino a los demás. Hay, por tanto, una comunicación de sentimientos, o como Hume lo denominaba, hay simpatía. Aquí está implícito lo que se puede denominar la dimensión social de la moral: “...no hay cualidades que merezcan más la simpatía y aprobación del género humano que la benevolencia y el humanitarismo, la amistad y la gratitud, el efecto natural y el espíritu cívico, o cualquier otra virtud que proceda de una tierna inclinación hacia los demás, y de una generosa preocupación por los de nuestra especie”<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Alasdair MacIntyre en su libro “Tras la virtud”, lleva a cabo la árdua tarea de recuperación de las virtudes en un sentido clásico, poniendo sobre todo el acento en las virtudes aristotélicas.

<sup>2</sup> Hume, D. *Investigación sobre los principios de la moral*. Alianza Editorial. Madrid. 2006. Pág. 44.

La simpatía<sup>3</sup> no es un simple contagio pasional entre los individuos, sino que más bien es un reconocimiento de sentimientos en el otro que me llegan cuando éste se comunica de manera que alcanzo a hacerme una idea de él. “En general, es cierto que donde quiera que vayamos y cuales quiera que sean los objetos de nuestra reflexión o de nuestra conversación, todas las cosas nos ofrecen un panorama de felicidad o de miseria humanas, y suscitan en nuestro corazón un movimiento simpático de placer o de disgusto”<sup>4</sup>. La simpatía humeana señala un pathos común al actor y al objeto de su observación o de contacto, es el *padecer con*, o lo que es lo mismo, el sentimiento de *compasión*. Ambos significados del término *simpatía* piden la presencia del *otro* para que pueda ser experimentada. Esto quiere decir que siempre estamos afectados de lo que afecta a los demás sobre todo si somos observadores directos o incluso si se nos hace de ellos una narración vívida. Por todo esto, la simpatía lleva a que la moral de Hume se dimensione extremadamente en el plano social.

Las cualidades del carácter pueden clasificarse, aparte del posible agrado hacia uno mismo o hacia otros, en virtudes que son privadas –que benefician al poseedor- y públicas –que benefician a los otros. Además, se pueden organizar dependiendo de si son virtudes naturales y artificiales. Natural y pública es la benevolencia y, natural y privado, el egoísmo, o *amor a uno mismo*, ambos se articulan de forma estrecha como podemos leer en el texto de Hume: el egoísmo es “un principio de la naturaleza humana de repercusiones tan grandes, y el interés de cada individuo está, en general, tan estrechamente conectado con el de la comunidad, que puede excusarse a aquellos filósofos que imaginaron que toda preocupación nuestra por la gente podía de hecho resolverse en una preocupación por nuestra propia felicidad y conservación”<sup>5</sup>. Entre las virtudes artificiales, la justicia es la más desarrollada en la *Investigación sobre los principios de la moral*. El placer que genera la justicia es producto de una convención llevada a cabo de cara a la consecución de la utilidad pública: “El uso y la finalidad de esta virtud es procurar felicidad y seguridad preservando el orden de la sociedad”<sup>6</sup>. La justicia es la virtud que más preocupó a la filosofía antigua, Platón fue quien la definiría de forma más extensa después de que la filosofía presocrática la utilizara para sus argumentaciones cosmológicas.

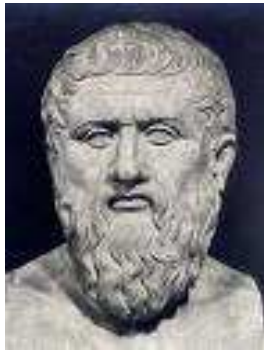
---

<sup>3</sup> La filosofía moral de Hume, en este aspecto, va de la mano del pensamiento de su amigo Adam Smith, aunque el de éste sea algo posterior. Ambos autores tuvieron una relación muy estrecha. Para Smith, el concepto de simpatía explica la formación de los juicios morales, por medio de la simpatía el individuo expresa un juicio favorable del comportamiento del prójimo y espera que los demás hagan lo mismo. Este conjunto de expectativas recíprocas convierte a la sociedad en un sistema de intercambio de servicios entre los individuos. De este modo el egoísmo individual converge hacia el interés general para conseguir la convivencia y los beneficios sociales.

<sup>4</sup> Ibidem. Pág. 100.

<sup>5</sup> Ib. Pág. 96.

<sup>6</sup> Ib. Pág. 55.



**Origen del concepto de *simpatía*.** Ya Platón diferenció la justicia como virtud social, la justicia lo era de la *República*, no así, las demás virtudes: la prudencia, la templanza y la fortaleza, que sólo lo eran de los individuos por su propia naturaleza. Sólo un símil del compuesto anímico humano con el cuerpo social podía hacer del hombre, en la explicación platónica, un ser justo. Según Hume, nadie es justo por naturaleza pues la justicia necesita de instituciones -aquí se aleja como es natural de Platón, como se alejaría un burgués del XVIII de cualesquier nobles griegos del siglo IV antes de Cristo- y consiste sobre todo en la determinación artificial de los derechos sobre las cosas adquiridas con el trabajo, en una palabra, en el derecho sobre las propiedades.

Si queremos definir la solidaridad como virtud por antonomasia del siglo en que estamos viviendo -el siglo de la globalización- el recurrir a Platón es casi una necesidad. Y, claro está, la referencia a las virtudes sociales platónicas es insoslayable. En Platón, empero, no hay referencia directa a la simpatía. Los primeros que utilizarán este término serán los estoicos -primeros también en defender un panteísmo estricto. Posidonio de Apamea, máximo representante del estoicismo medio y maestro de Cicerón, afirmaba que todas las cosas del mundo están unidas, que son solidarias entre sí -*simpatheia ton holon*. En un contexto monista, como el del estoicismo, es dónde cobra importancia el término simpatía, que será uno de los momentos clave para la consolidación del concepto de solidaridad de la actualidad.

Esta simpatía estoica está muy alejada de la simpatía humeana. Para Hume la simpatía se da entre seres humanos y no se puede tener simpatía ni a Dios, ni al mundo, ni tampoco a los seres humanos tomados como una totalidad, pues su pensamiento aborrece lo metafísico, esto es, la sustancialización de entes que no son sustancias. Como no tenemos experiencia de Dios ni del mundo ni tampoco de lo que es el hombre nada podemos decir de ellos<sup>7</sup>. Dios, Mundo y Alma son las tres ideas metafísicas consolidadas por el pensamiento idealista en la modernidad y rechazadas por el materialismo de forma paralela a su consolidación. Hume fue uno de los que elaboró una de las críticas más contundentes y destructivas de todas las dadas. Dice Hume en la *Investigación sobre el conocimiento humano* con relación a la idea de Dios: “Persistís en imaginar que, si admitimos la existencia divina a favor de la cual tan ardorosamente lucháis, con seguridad podéis inferir consecuencias de ella

---

<sup>7</sup> Sea este considerado al modo cartesiano como un yo cognoscente, o como la totalidad de todos los seres humanos: como la humanidad.

y añadir algo al orden de la naturaleza, tal como se experimenta al argüir a partir de los atributos que adscribís a vuestros dioses. No parecéis recordar que todos vuestros razonamientos sobre este tema sólo pueden sacarse de causa y efecto; y que todo argumento deducido de causas a efectos ha de ser por necesidad un gran sofisma, puesto que es imposible conocer algo de la causa, más que lo que previamente habéis no inferido, sino descubierto completamente en el efecto”<sup>8</sup>. El empirismo humeano reniega de cualquier tipo de pensamiento monista, sea derivado del materialismo de los estoicos o del espiritualismo de los racionalistas, no en vano desechó de una manera rotunda el mecanismo que permite la explicación de un universo en el que *todo estuviera relacionado con todo* al devaluar lo que sería su fundamento, el principio de causalidad.



**Surgimiento de la idea de *solidaridad*.** La solidaridad actual, como término, nace a principios del siglo XIX, el significado que va a adoptar tiene sobre todo la intención de desvirtuar otro término que no era muy del agrado de los que intentaban arrebatar el poder político a los herederos del Antiguo Régimen. El término a anular era *fraternidad*, muy cercano a *igualdad*, pero sobre todo, complementario de éste: no somos iguales y es difícil que los iguales permanezcan juntos, la fraternidad tiene esa potencia: unir a los desiguales, a los hermanos por ejemplo, que no son nunca iguales: unos más pequeños y necesitan la ayuda del mayor, otros más débiles necesitan del fuerte, otros menos afortunados económicamente piden respaldo al más rico. Guardando las distancias con lo doméstico, así eran los ciudadanos franceses de finales del XVIII, desiguales, unos burgueses y otros desheredados pero tenían que unirse, por eso se gritó: ¡Fraternidad!

Solidaridad nace de la pluma de un hijo de la Revolución Francesa, Pierre Leroux (en la imagen), que nació ocho años después del 1789. El término estaba acuñado y se utilizaba en cuestiones relativas a la ley, al derecho, pero se trataba de darle un contenido definido. Una labor ardua que él comenzó pero que otros autores, como Comte o Durkheim continuarían. Leroux lo toma “del vocabulario jurídico de los ‘legistas’ (aunque no habría que descartar la influencia en este vocabulario del vocabulario técnico o tecnológico). Pero lo que nos importa aquí es analizar de que modo un término técnico (jurídico o tecnológico), delimitado en un *concepto*, se ha transformado en un término *filosófico*”<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> Hume, D. *Investigación sobre el conocimiento humano*. Alianza. Madrid. 2001. Pág. 183

<sup>9</sup> Bueno, G. *Zapatero y el pensamiento Alicia*. Temas de hoy. Madrid. 2006. Págs. 177-8. Bueno nos dice que lo que sucede es que *solidaridad* se está transformando en una idea filosófica, pues traspasa la

Leroux, para relacionar este nuevo concepto con la virtud, desechó desde el primer momento el término fraternidad y puso el acento en el concepto cristiano de *caridad*, que es otra de esas virtudes sin prestigio en la actualidad y que lo había perdido de manera importante ya en tiempos del francés.

Siguiendo el desarrollo de la nueva idea de solidaridad, otro momento no menos importante, es la definición que nos da de su nueva religión Auguste Comte. En su sociología, ni la fraternidad ni la caridad podían ser las virtudes que unieran a los hombres que son desiguales entre ellos, la virtud que cumplirá esa función de *soldadura* de toda la humanidad, en su periodo más desarrollado y positivo, es la solidaridad. Tras la desaparición del padre del positivismo la solidaridad ya estaba consolidada en el vocabulario filosófico y Emile Durkheim podía ya analizarla, para ello la dividió en dos, la solidaridad mecánica, que es la que une a las personas iguales, y la orgánica, que une a los desiguales. En la primera mitad del siglo XX, los antropólogos británicos no llevaron a las colonias religión ni moral algunas como habían hecho los europeos cuando arribaron al Nuevo Mundo. Lo que sí llevaron fue un ideario durkheimiano que pivotaba entorno al término *solidaridad*. Los antropólogos cumplieron una función ordenadora y estabilizadora para con los nativos. El valor de la solidaridad cumplía la función de orden y estabilidad social que deseaban los colonizadores.

Esa solidaridad definida en el siglo XIX es la que se ha consolidado en el acervo y ahora es ya virtud primera del mundo globalizado. Esta solidaridad parece tener como sujeto universal a la totalidad de los seres humanos -una petición de principio solventada por los filósofos alemanes desde Wolf. Hemos dicho en el punto anterior que la simpatía estoica se daba entre todas las cosas del mundo, con el idealismo decimonónico y su acento en el sujeto, la totalidad a que se refiere -ahora ya el término es solidaridad- va a ser la de los seres humanos. Hegel es el máximo exponente de los pensadores monistas alemanes, a su *final de la historia* sólo le hacía falta ser coloreado con la solidaridad<sup>10</sup>. Rousseau y Marx dieron fuerza teórica a esta tesis al partir desde un estado natural donde los seres humanos vivían simpática (solidaria) y pacíficamente.

El género humano unido y feliz en su origen quiere volver a su estado primitivo de unidad y felicidad. Esto sólo parece conseguirlo mediante esa solidaridad predicada por políticos, profesionales de la

---

barrera categorial de su campo, en este caso el jurídico, y se transforma en algo mucho más abarcativo y problemático.

<sup>10</sup> A modo de ejemplo señalaremos que justo dos años después de que publicase la Fenomenología del Espíritu, Goethe publicó *Fausto*. Uno de los primeros momentos de la obra es la descripción del personaje: está en una estancia gótica, sentado en un sillón ante un pupitre y allí dice: “¡Cómo las cosas se entretejen para el Todo universal! ¡Cómo lo uno actúa y vive en lo otro!”. Goethe, *Fausto*. Ediciones Ibéricas. Madrid. Cuarta edición (sin año). Pág. 37

información y tantos otros a través de los medios de comunicación de masas<sup>11</sup>. Esta forma de pensamiento defiende una solidaridad que viene a promover por ejemplo una nueva idea de *bien supremo*: “Ser solidarios y lo demás se dará por añadidura”<sup>12</sup>.



**La solidaridad en el mundo globalizado.** Una vez desenmascarada la solidaridad derivada del monismo y su crítica, nos queda expresar como se entiende por la ciudadanía esta camaleónica virtud de nuestro mundo globalizado. La solidaridad, hoy día, tiene múltiples significados, pues cada ciudadano la entiende desde unos parámetros éticos que ya tiene consolidados. Así, algunos entienden la solidaridad como aquellas otras virtudes sociales, como la *caridad*, que son tan poco nombradas, por haber sido eliminadas del acervo -ni siquiera en el texto de Hume observamos esa virtud teologal que traducía el término *ágape* de los griegos, mucho más adaptado al dogma que el *amor* platónico<sup>13</sup>. Otros utilizan solidaridad, sin saber a qué se refiere, y sólo entienden el concepto cuando en su cabeza traducen directamente el vocablo por *generosidad*, o lo traducen por *justicia*. Cuando algunos hablan de solidaridad, al mentarla, la traducen también, interna e instantáneamente, por *fraternidad*... “Apreciamos un cierto pudor en el misionero, en el bombero, o en el miembro de cualquier ONG, cuando utiliza el término *solidaridad*, en lugar de hablar de caridad, de com-pasión (sim-patía) o de generosidad, cuando trata de describir la línea de actuación. ‘Actúo por solidaridad’ corresponde a una conceptualización más neutra que la que expresa en la frase: Actúo por generosidad’, o ‘actúo por caridad’ o ‘actúo por patriotismo’. Y, sin embargo, lo cierto es que esa neutralidad es sólo aparente, porque quien utiliza el término neutral lo está haciendo siempre desde algún marco ideológico...”<sup>14</sup>.

---

<sup>11</sup> El filósofo Gustavo Bueno (en la imagen) lleva a cabo una crítica sistemática dedicada a desenmascarar una suerte de pensamiento deudor del krausismo que parece impregnar muchos idearios políticos occidentales y que ha penetrado la ideología socialdemócrata española desde hace unos años. Bueno afirma que la solidaridad toma distintos valores: hay solidaridades aislógicas y heterológicas, cósmica y antropológica, en sentido categorial y en sentido trascendental, además de solidaridad armónica y polémica. La cuestión se complicará pues todas estas solidaridades van a mezclarse. Este estudio del profesor Bueno está publicado en forma digital en el *Catoblepas* con el título: *Proyecto para una trituración de la Idea general de solidaridad*. Y también en el libro: *Zapatero y el pensamiento Alicia* ya citado más arriba (páginas 159-206).

<sup>12</sup> Bueno, G. *Zapatero y el pensamiento Alicia*. Pág.194.

<sup>13</sup> “Es una supresión del propio pasado de la sociedad y de su futuro... Las nuevas definiciones son falsificaciones que, impuestas por los poderes de hecho, sirven para transformar lo falso en verdadero”. Marcuse, H. *El hombre unidimensional*. Seix Barral. Barna. 1969. Pág. 128

<sup>14</sup> *Ibidem*. Pág. 205

Recapitulando, la simpatía que unifica a todo el universo del panteísmo estoico mueve muchos de los discursos actuales y muchas personas entienden la virtud de la solidaridad como la idea que va a mover montañas, que va a traer “la paz perpetua” a partir del momento en que cada ser humano se convenza del poder de su ejercicio: “Ser solidarios y lo demás se os dará por añadidura”. Rousseau, estaría de acuerdo con ella, pues el “buen salvaje” de su “Contrato social” ya era *solidario* en este sentido. La clase obrera de Marx quiere volver a revivir la situación de comunismo originario dónde todos eran felices y solidarios pues no había propiedad privada. El comunismo final uniría la sociedad sin clases de una forma fraternal: “de cada cual según su capacidad, a cada uno según su necesidad”. Pero hay muchos críticos de esta doctrina, incluso entre los filósofos de la Ilustración, por ejemplo, Hume nunca negó que la educación, y mucho menos la costumbre, pudiese modificar la conducta, empero, llegó a afirmar que la benevolencia se extendería por la simpatía. Pero nunca “a toda la humanidad”, eso iba en contra de sus principios programáticos. Hume no podía ser el origen de una idea de solidaridad tan metafísica, una idea que entendía, por lo demás de forma muy similar a la compasión, o a la actual endopatía, que es ponerse en el lugar del otro, benevolentemente. La simpatía de Hume era útil, se adaptaba al momento, iba a ser la que diera paso a la gran idea de finales del XVIII en Francia: a la idea de fraternidad. Una idea revolucionaria que todos corrieron a borrar del vocabulario habitual y que lo consiguieron fomentando la virtud globalizadora que ahora analizamos: la solidaridad.

